

Gabi Gleichmann

El elixir de la inmortalidad

Traducción del noruego
de Cristina Gómez Baggethun



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Udødelighetens Elixir
© H. Aschehoug & Co. (W. Nygaard)
Oslo, 2012

Publicado con la ayuda de Norla (Literatura Noruega en el Extranjero)

Ilustración: foto © Maria Jou Sol

Primera edición: octubre 2014

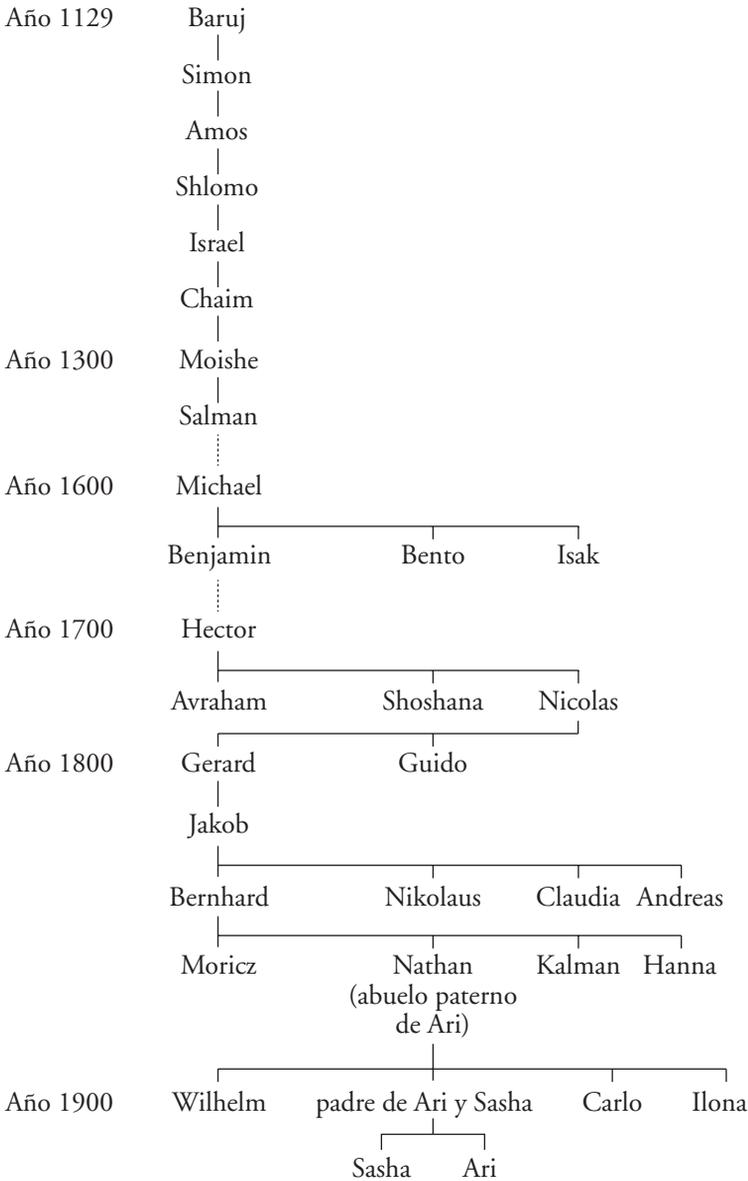
Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Cristina Gómez Baggethun
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7903-2
Depósito Legal: B. 16624-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA SPINOZA



*A mis hijos: Marcel, Danilo, Maximillian y Felix.
Éstos son vuestros orígenes, o casi.
El futuro depende de vosotros.*

Nada se repite en la historia de las personas, todo lo que a primera vista parece igual es, en el mejor de los casos, algo parecido; cada persona es una estrella en sí misma, todo sucede siempre y nunca, todo se repite ilimitadamente y nunca más.

DANILO KIŠ

PRÓLOGO

Durante mucho tiempo las palabras no quisieron comparecer. Mi madre yacía en la cama ante mí, callada y encerrada en sí misma, vestida sólo con un fino camisón y con la mirada congelada en un punto invisible del techo. Respiraba con ligereza y tenía el cuerpo casi inmóvil. Yo mantenía su mano en la mía, esperando que me diera un apretón, pero su mano permanecía fría e inerte.

Fue un día de noviembre de hace diez años bajo un infinito cielo azul. El viento soplaba a ratos y una fina capa de nieve recién caída se había posado sobre Oslo. Aunque brillaba el sol, el aire tenía una punzada de frío invernal y allá abajo, en el continente, la gente derribaba con sus manos el muro que había dividido Europa en dos.

Por una vez, mi padre había llamado por la mañana temprano y, con entonación contenida, me había dicho que mi madre no se encontraba bien y que, dadas las circunstancias, era mejor que me abstuviera de visitarla. Mi primera reacción fue de alivio.

Que mi madre no estaba bien, que los dolores eran insopportables y que estaba agonizando, era lo que llevaba oyendo todos los días desde hacía quince años. En lo que respecta al dolor no se puede decir que mi madre fuera discreta. Para soportar sus incesantes y cada vez más amargos lamentos, yo había adoptado una estrategia algo frívola. Me limitaba a no escuchar una sola palabra de lo que decía. Con el tiempo logré sentir cierta indife-

rencia y me convencí a mí mismo de que mientras fuera capaz de quejarse, no había motivos para preocuparse por su salud. Probablemente debería haber sido más considerado y haberme implicado más.

En el mismo momento en que mi padre se apresuró a añadir que estaba demasiado mal para ponerse al teléfono, comprendí, con una fuerza y un peso que no había sentido en muchos años, que mi madre nos estaba abandonando. Hasta ese momento no me di cuenta de lo poco preparado que estaba para la situación y supe que me iba a arrepentir el resto de mi vida.

Ignorante de la verdad –que a mi madre sólo le quedaba media hora del tiempo que le había sido destinado–, pulsé el timbre del hogar de mis padres y mi padre me recibió con un gesto apesadumbrado que subrayaba la solemnidad e importancia del momento. Me senté a la vera de mi madre en la cama y la contemplé. Tenía el rostro blanco, casi transparente, y el pelo despeinado caía sobre su frente otorgándole un aspecto algo añorado.

¿Quién era en realidad la mujer que yacía ahí? Me era tan conocida, tan cercana, y a la vez tan distante. Mientras la miraba, buscaba frenéticamente imágenes de ella en mi memoria. Pero era en vano, no la encontraba por ninguna parte.

De pronto entendí que había sentido vergüenza cuando mi madre se aisló del mundo y se encerró en su dormitorio para que nadie perturbara su trato con los demonios de los más oscuros paisajes de su imaginación. Comprendí que por eso la había apartado de mí tan concienzudamente que incluso había reprimido los recuerdos más cálidos que tenía de ella. Me asustó mi egoísmo y quise hablar francamente con ella sobre todas esas cosas que nunca nos habíamos dicho. Pero por mucho que me esforcé, las palabras se negaron a salir.

Mi padre permanecía inmóvil y rígido, pero en cierto momento se escabulló a la cocina de puntillas y encontró un alivio temporal en las tareas cotidianas.

Un apacible silencio reinaba en el dormitorio. Impulsado por la vergüenza y arrebatado por la gravedad del momento, quise

consolar a mi madre. Le acaricié las mejillas con ternura, pero fui incapaz de decir nada.

Fue mi madre la que tomó la palabra. Abrió la boca despacio y dijo que aquél fue el peor día de su vida. El 12 de diciembre de 1944. Después, todavía en un tono apenas audible, añadió algo sobre un tal Lipot, el más dulce de los chicos que se escondían entonces en casa de sus padres, a quien ese día los alemanes asesinaron brutalmente. Aun así, su cadáver estuvo dos semanas tirado en la calle antes de que sus amigos, al abrigo de la noche, se atrevieran a trasladarlo al cementerio judío. Mi madre hablaba de un modo confuso e inconexo, yo la escuchaba atentamente. Su voz sonaba cada vez más débil.

—¿Cómo pudo Dios permitir que sucediera esto? —suspiró—. Se lo tienes que contar al mundo, tienes que contarlo todo.

Me sentí obligado y le prometí que algún día hablaría sobre el pequeño universo restringido que constituía nuestro hogar en la tierra. Pero mi madre no me oyó. Ya estaba abandonando la vida, empezó a alejarse con una sonrisa resignada y se dejó absorber por el vacío.

1. Las fuentes

EL NARRADOR

He de empezar con un par de palabras sobre mi tío abuelo, la gran alegría de nuestra primera infancia. Hay tanto que contar sobre él que me resulta imposible tenerlo todo en la cabeza, el tema es tan amplio que excede tanto los límites de mi memoria como los de mi entendimiento. Por eso, este intento de hablar sobre él será extremadamente incompleto.

Cuando mi hermano gemelo Sasha y yo éramos pequeños, adorábamos al tío abuelo. Algunas veces, al mirarlo cuando estábamos sentados en torno a la mesa de la cocina, pensaba que el mundo entero no era lo bastante grande para dar cabida a toda mi admiración. El tío abuelo nos enseñó todo lo que de niños no sabíamos sobre nuestra historia familiar, todo lo que no podíamos saber, y nos inició en incontables misterios en los que él mismo había sido introducido con ayuda procedente del otro lado de la tumba. Era un narrador fantástico. Con sus anécdotas, de las que a todas luces tenía inagotables provisiones, conseguía estimular nuestra imaginación y provocar nuestras risas y una constante fascinación. Cada vez que se pasaba por casa, siempre sin previo aviso, un día cualquiera se transformaba de inmediato en un festivo y Sasha y yo, que por lo demás siempre andábamos peleándonos, entablábamos enseguida un alto el fuego.

Todo el mundo lo llamaba Fernando y pronunciaban su nombre como si se tratara de un marqués español. Todos excepto mi abuela paterna, que sencillamente lo llamaba Franci. Su verdadero nombre era Franz Scharf.

La abuela odiaba a Fernando con un ardor incombustible. Y yo no conseguí sacarle por qué, de hecho no lo averigüé hasta mucho más tarde. El origen del conflicto se perdía en una misteriosa oscuridad. Es posible que incluso a la abuela se le hubiera olvidado, pero aun así era algo inamovible para ella y no ocultaba sus sentimientos, aunque tampoco lo acusó nunca de algo abiertamente indecente o malévolo. Pero cada vez que se presentaba la oportunidad, señalaba triunfante que no era un auténtico pariente, que sólo daba la casualidad de que se había casado con una de sus incontables primas, de hecho, con la menos atractiva de todas.

La estrecha relación que mantenía mi tío abuelo con nosotros se debía a su solitaria existencia. Su mujer y sus hijas adolescentes, las gemelas Anci y Mancí, se habían disuelto en humo en unas altas chimeneas.

«Es muy triste», dijo en una ocasión intentando captar nuestra mirada, «pero así son las cosas.»

Lo dijo un 24 de octubre, lo recuerdo perfectamente. Los pálidos rayos de sol otoñal brillaban a través de las cortinas, pero de pronto el cielo mudó el color y pasó de claro a negro. Mi tío abuelo carraspeó una vez y se echó a llorar. El aire del piso estaba saturado por el olor de la sopa quemada, una de las especialidades de mi abuela. Las lágrimas de Fernando eran imparables, le temblaban los hombros y se le enrojecieron los ojos. Ese día, sus hijas deberían haber cumplido años. El tío abuelo abrió la boca para decir algo, pero una especie de ataque de tos hizo que las palabras se quebraran y se esparcieran por el aire.

Nunca dijo nada más sobre el asunto. Pero mi hermano gemelo Sasha y yo lo comprendimos.

En otra ocasión, muy despacio y casi susurrando, nos contó que durante toda su vida había amado a una mujer, a una sola mujer, más que a cualquier otra cosa. Que no podía tratarse de su esposa lo entendimos enseguida porque añadió: «Y justamente ella era la que no podía ser mía. A mí me hubiera bastado con su amor.»

La puerta de la cocina estaba abierta y el tío abuelo lanzaba miradas furtivas a mi abuela, que estaba charlando consigo misma junto a los fogones. Por alguna razón, empecé a reírme por lo bajo. Quizá entendí intuitivamente que aquél era su modo de hacernos un guiño sobre lo que realmente se ocultaba en su corazón.

«*Mein liebes Kind*, no te rías, amarla a ella ha sido lo único que he hecho en toda mi vida. Seguro que te sorprende que un viejo como yo aún pueda tener pasiones, pero cuando todo lo demás se apaga, te traiciona y desaparece, cuando te lo arrebatan todo y finalmente te derrota el implacable avance del tiempo, lo que queda es la llama del amor, que arde en el cuerpo hasta el momento de tu muerte.»

Pese a que mi tío abuelo no tenía ningún lazo de sangre con nosotros, lo sabía todo incluso sobre nuestros más remotos antepasados. Lo cierto es que concedía enorme importancia a todo lo que había sido. A sus ojos, ésa era la parte esencial de la existencia. Al hablarnos de nuestros ancestros en la Edad Media, a veces nos miraba con orgullo, nos acariciaba el pelo y suspiraba sonoramente con una sonrisa distante. Otras veces se irritaba al percatarse de lo poco que sabíamos mi hermano Sasha y yo sobre nuestra propia historia. Recuerdo especialmente una ocasión en la que se alteró muchísimo –porque lo interpretó como estudiada maldad por nuestra parte– al darse cuenta de que no conocíamos al detalle el triste destino de nuestra pariente lejana Shoshana Spinoza. No era más que una muchacha en flor en el momento de su muerte, pero aun así había sido una de las grandes creadoras de la historia de la física.

Algunas veces yo tenía la sospecha de que el tío abuelo, que había perdido a sus hijas gemelas durante la guerra, albergaba el inconsciente deseo de que Sasha y yo nos vengáramos de la historia. Ante todo creo que tenía la sensación de que nuestro entorno familiar iba a convertirnos en personas débiles, medrosas, indecisas e inquietas, y que quería aprovechar su influencia sobre nuestras almas para, inadvertidamente, empujarnos en la dirección contraria, proporcionándonos impulso vital, osadía y deseos de conquista.

Fernando siempre estaba dispuesto a poner fin a nuestra ignorancia y a salvar del olvido a algún familiar del principio de los tiempos, citando con desparpajo desconocidos documentos o transmitiéndonos secretos íntimos que estaban ocultos en los más oscuros rincones del pasado, cosas que había averiguado gracias a un espíritu bienintencionado que le susurraba información desde otra dimensión. Las palabras de mi tío abuelo siempre caían sobre suelo fértil. Ni Sasha ni yo reaccionábamos nunca con escepticismo a sus crónicas familiares. Era un narrador irresistible que nos tenía con la boca abierta, pletóricos de orgullo y de admiración por el fantástico mundo que él intentaba mantener con vida.

Aquellas historias me entusiasmaban hasta tal punto que me las aprendí de memoria. Algunas veces, cuando mi tío abuelo se equivocaba en algún detalle o en alguna fecha, incluso era capaz de corregirlo.

Sólo mi abuela, que de vez en cuando musitaba que hacía mucho que había calado a Fernando, encontraba razones para dudar de la fiabilidad de sus fuentes históricas. En ocasiones, cuando le presionaba de un modo que a Sasha y a mí nos parecía desconsiderado, el tío abuelo parecía turbado. Aunque normalmente se limitaba a quedarse callado, con la mirada gacha y una sonrisa que traslucía cierta mala conciencia.

Pero en cuanto la abuela salía de la habitación, su cara volvía a mostrarse feliz y relajada, sin rastro de preocupación. Entonces nos pedía que nos acercáramos un poco más y, en tono confiden-

cial, decía: «La realidad supera a la imaginación. Cuando se sabe lo que ha ocurrido, no hace falta inventarse historias. Además es más fácil pillar a un mentiroso que a un cojo.»

EL ESPIRITISMO

Los momentos más fascinantes para nosotros eran aquellos en los que mi tío abuelo, con ciertos aires de importancia e infinito misterio, nos revelaba que, como miembro de una agrupación espiritista, y por medio de una médium especialmente versada, había mantenido contacto continuado con los muertos. La agrupación se llamaba Ad Astra y las reuniones tenían lugar cada dos miércoles por la noche en casa de Adalbert Nagyszenti, un psicoanalista freudiano que debido a sus orígenes burgueses y sus opiniones políticas había pasado cuatro años internado en un campo de reeducación estalinista, al nordeste de Hungría, para después ser condenado a no ejercer su profesión, y que por eso ahora se ganaba la vida como vigilante nocturno en un almacén de chatarra situado en un desastrado suburbio obrero. En aquella agrupación se reunían los cerebros pensantes más imaginativos y libres de prejuicios de Budapest. Los participantes se sentaban alrededor de una mesa en una sala sin espejos y con las cortinas echadas. Las sesiones solían iniciarse con la lectura de textos secretos en latín a la luz de unas trémulas velas, puesto que se decía que eso reforzaba la receptividad de los participantes a las experiencias espirituales. Tras estos preparativos, la médium, una mujer anémica y anoréxica de mediana edad, entraba en trance y establecía el contacto con el mundo de los espíritus.

La primera vez que mi tío abuelo oyó hablar de Ad Astra fue en la consulta del doctor Kisházy, un médico generalista tan encantador como carente de escrúpulos, que aliñaba su escaso sueldo municipal recetando sin más, a cambio de un sustancioso pago, todo tipo de pastillas que le solicitaban los pacientes. No le importaba en absoluto que parte de estas medicinas fueran

claramente peligrosas porque vivía conforme al inamovible convencimiento de que la humanidad no sería capaz de enriquecer el mundo erradicando las enfermedades, sino únicamente solucionando el problema de la creciente superpoblación. En este sentido no se puede decir que el doctor Kisházy fuera precisamente la encarnación de la compasión hacia los enfermos graves. En cambio, unos pocos versos de la poesía de Dante podían llenarle los ojos de lágrimas y la visión de una copa del delicioso vino Tokaji le bañaba la cara de felicidad sin el menor disimulo. No ocultaba en absoluto que le interesaban más los vinos blancos que la salud de sus pacientes y era capaz de reconocer cada riesling de la región de Siófok con un solo trago y los ojos tapados.

Por algún motivo extraño, mi tío abuelo le tenía mucho respeto al doctor Kisházy y agradecía cualquiera de sus consejos. En una ocasión le confesó que en los últimos tiempos sus pensamientos rondaban cada vez con más frecuencia la muerte de sus pobres hijas y que en parte se debía a que siempre le había resultado difícil conciliarse con la arbitraria injusticia que siega la vida de algunas personas y las arranca de la tierra antes de que hayan acabado de florecer. También le contó que las fuertes pastillas para los nervios que tomaba desde hacía años, ya no eran capaces de mantener a raya sus demonios y que tenía pesadillas todas las noches; lo más habitual era que viera a sus hijas arder vivas en un gran horno crematorio. Un estado mental lúgubre nunca mejora con la administración de pastillas más fuertes, sentenció el médico, para a continuación recomendarle una visita a la agrupación espiritista que dirigía su cuñado. En su opinión, un contacto directo con las chicas fallecidas podría liberar el apesadumbrado corazón de Fernando de su hundido pecho y permitir que volara libremente como la hojarasca de otoño por los bulevares de Budapest. Además prometió escribirle una carta de recomendación. Al principio mi tío abuelo se resistió a la idea. Como no creía en el mundo de los espíritus no veía motivos para acudir a la agrupación espiritista. Pero las pesadillas se negaban a desaparecer y realmente quería averiguar lo que les había pasado a sus hijas.

Un miércoles por la noche, con cierta reticencia, mi tío abuelo dirigió sus pasos hacia el piso de Adalbert Nagyszenti. El psicoanalista lo recibió en la entrada ataviado con un traje de tela escocesa a cuadros y enseguida lo invitó a acompañarlo a la habitación aldeaña, donde cinco personas estaban sentadas alrededor de una mesa redonda. Colocaron a mi tío abuelo junto a la médium, que manifiestamente se encontraba en trance y hablaba en una lengua incomprensible. Era evidente que la sesión había empezado hacía rato. En la penumbra, Fernando sólo vislumbraba con dificultad los rostros de los demás participantes, pero no tardó en entender que el distinguido caballero sentado frente a él estaba intentando contactar con su único hijo porque temía que debía de haber muerto a finales de la década de los cuarenta en un campo de trabajo al norte de Siberia. Por desgracia, Fernando sabía perfectamente lo que era Kolymá y lo que eran el sufrimiento y la muerte, y se le formó un nudo en el estómago al oír que mencionaban a Iósif Stalin. A continuación se hizo un silencio en la habitación. Después de un largo minuto, el anfitrión preguntó a mi tío abuelo con quién quería establecer contacto. Fernando susurró que quería contactar con sus hijas, pero no dijo su nombre. La médium se hundió en un trance aún más profundo, aporreando rítmicamente la mesa con sus dedos nudosos. Ésa era su manera de pedir a los serviciales espíritus que la ayudaran a encontrar en el otro lado a las hijas del invitado. Repitió su petición varias veces, pero, por mucho que lo intentó, no consiguió dar con las hijas de Fernando. Al cabo de media hora, el resultado no podía ser más deprimente y mi tío abuelo sintió que se confirmaba su sospecha de que el espiritismo consistía en convencer a crédulos desgraciados, por medio de arteras manipulaciones, de que podían mantener una conversación con sus difuntos seres queridos. Estaba a punto de abandonar la sesión cuando a sus espaldas se oyó una voz leve y distante que decía: «Anci y Manci están ocupadas.» Fernando no se inmutó porque estaba convencido de que se trataba de un simple truco, pero el resto de los presentes parecían asombrados e incluso a la experimentada médium se le pusieron los ojos como platos.

Entonces la voz añadió: «Las chicas están ocupadas. Están leyendo las aventuras del capitán Nemo. Pero mandan saludos para su padre. Yo soy Shoshana Spinoza. Si el padre de las chicas quiere saber algo más sobre la existencia al otro lado, estaré encantada de responder a sus preguntas en el siguiente encuentro.»

Mi tío abuelo se quedó de piedra. Aquello era extraño. Más que extraño. No podía tratarse de un truco. Pensó que se había excedido en su desconfianza hacia los espiritistas porque ninguno de los presentes en aquella habitación conocía el nombre de sus hijas ni podía saber que el último regalo de cumpleaños que les hizo fue *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Jules Verne. Aquello había sido un mensaje claro y preciso. Realmente estaban en contacto con el otro lado.

Tras la visita a la agrupación Ad Astra, Fernando se encaminó hacia casa y el reloj dio las doce cuando entró en su pequeño apartamento. Se sentó sobre la cama deshecha, incapaz de dejar de pensar en Shoshana Spinoza y lo que ella le había transmitido sobre el mundo de los espíritus. Al cabo de un rato, cuando se inclinó hacia delante para quitarse los zapatos, descubrió un periódico debajo de la cama. Lo recogió y sintió frío por dentro. No podía ser verdad. El artículo que aparecía en la página que tenía ante sí trataba sobre el viaje inaugural al Polo Norte del submarino atómico americano *Nautilus* y lo había escrito una periodista llamada Hannah Sós-Szipoa. A mi tío abuelo no le llevó muchos segundos entender que Hannah Sós-Szipoa era un anagrama de Shoshana Spinoza. Notó que el periódico se le deslizaba despacio de entre las manos y oyó a alguien respirar pesadamente a sus espaldas. Por un instante sintió cierta angustia y empezó a temblar sin osar darse la vuelta. No porque tuviera miedo de que fuera a sucederle algo malo o de que lo que se encontraba detrás de él fuera a hacerle daño, sino más bien porque temió estar volviéndose loco. Pero no tardó en comprender que no estaba afectado de locura, que simplemente se le había abierto un nuevo mundo, un mundo más allá de éste, cuya existencia su razón no había querido aceptar durante mucho tiempo, un mundo en el que él se convertiría en otra persona. No en el

sentido de que fuera a salir una nueva criatura de su interior, como una mariposa de su capullo, sino en el de que para comprender las leyes de ese mundo nuevo iba a tener que contemplar la existencia con otros ojos.

Así fue como la mística entró en la vida de Fernando. Sus vivencias de aquella noche lo afectaron tanto que él, un escéptico nato familiarizado con las teorías del materialismo dialéctico, empezó a creer en la inmortalidad del alma y en la incomprendible capacidad de las personas de comunicarse después de la muerte. Por todas partes —no sólo en nuestra casa, sino en los parques donde la gente jugaba al ajedrez, en los autobuses, en el metro y en la consulta del doctor Kisházy—, mi tío abuelo encontraba víctimas propiciatorias a las que obligaba a escuchar sus apasionadas y elocuentes historias sobre la vida en el más allá.

Shoshana Spinoza le contó muchas más cosas sobre nuestra familia y nuestros antepasados que sobre sus hijas. También le reveló mucha información asombrosa sobre el origen del universo y los dioses que vivían al comienzo de todas las cosas. Habló del tiempo en que la Tierra estaba yerma y vacía, describió con detalle los seis mundos que sucumbieron antes de la creación del nuestro, el séptimo, el último y el perfecto. También le habló del número siete, el más sagrado y enigmático de todos los números, y le explicó su misterio y su fuerza como un efecto del orden que regía la creación. En nuestro propio universo, le contó, todo está ordenado según el principio del número siete: los días, los colores, las esferas celestes, los ángeles y el amor.

Las informaciones que mi tío abuelo nos transmitía a nosotros sobre el mensaje de Shoshana variaban de un día a otro y con frecuencia eran contradictorias. Eso se debía, según nos explicó después de que la abuela lo hubiera puesto contra las cuerdas, a que le estaba prohibido revelar todo lo que sabía, porque al hacerse miembro de la agrupación espiritista había hecho una especie de juramento de silencio. Pero todas las historias que trataban sobre nuestra pariente lejana Shoshana Spinoza, por mucho que a veces fueran difíciles de comprender, nos fascinaban.

EL MISTERIO DEL ETERNO RETORNO

Mi primera experiencia mística está vinculada a Shoshana Spinoza. Fue un miércoles, yo tenía seis años y faltaban siete días para Nochebuena, o quizá tuviera siete años y faltaban seis días para la entrega de los regalos de Navidad, no lo recuerdo ya... Da igual. Un miércoles por la noche, en los locales de la agrupación espiritista, Shoshana Spinoza inició a mi tío abuelo en el misterio del eterno retorno. Fernando no podía contener su entusiasmo y a la tarde siguiente vino a revelarnos el misterio a nosotros. Suponía una enorme alegría para él podernos hablar sobre esto. Todos, salvo mi abuela, que sólo mostró un interés distraído, nos sentimos fascinados. También yo, aunque no comprendí gran cosa dada mi edad. Además no entendía demasiado alemán y, según recuerdo, Fernando nos habló del eterno retorno en alemán, porque de vez en cuando, cuando se alteraba, utilizaba esa lengua. Sin embargo, no le hice ninguna pregunta, me limité a sonreír y a emocionarme tanto como los demás.

Más tarde oímos hablar de este misterio en repetidas ocasiones. A mi tío abuelo le gustaba contarlo y siempre lo hacía con tanto entusiasmo como la primera vez.

¿Qué es entonces el misterio del eterno retorno?

«Nietzsche se equivocaba», nos explicaba Fernando, «porque pensaba que todo se repetirá un día tal y como una vez lo vivimos, y que seguirá repitiéndose eternamente. Eso implicaría que Hitler y Stalin volverían constantemente a la escena histórica, y que seguirían asesinando a personas inocentes eternamente. Pero Shoshana pone el misterio del eterno retorno bajo una perspectiva completamente distinta. Ella sostiene que en un universo perfecto, a las personas siempre se les concede la oportunidad de vivir una nueva vida que pueden modelar no conforme a como han sido sus vidas anteriores, sino a como deberían haber sido. Por eso las personas, de tanto en tanto, regresan a la tierra y tienen la posibilidad de vivir un nuevo ciclo ya sea en un cuerpo o en otro. En otras palabras, todos vivimos varias vidas humanas distintas.»

¿Creía yo en eso?

Por supuesto. Ciertamente no tenía la menor idea de quién era el tal Nietzsche ni de qué había afirmado. Pero cada palabra que salía de los labios de mi tío abuelo era para mí una verdad. Nunca se me pasó por la cabeza dudar del menor detalle de sus relatos. Al fin y al cabo, mi tío abuelo era el modelo masculino que me había proporcionado los conocimientos más valiosos de mi temprana infancia.

Y, además, ¿quién puede demostrar que Nietzsche tenía razón o que el misterio del eterno retorno no es lo mismo que el principio de la reencarnación?

BARUJ MEÓN

Tras habernos revelado el misterio del eterno retorno, el tío abuelo se volvió hacia mí y me puso la mano sobre la frente. Tenía la voz ronca de emoción y dijo que Shoshana Spinoza había insinuado que en una vida anterior yo había sido nuestro ancestro Baruj. Mi hermano Sasha lo escuchaba atentamente y me di cuenta enseguida de que sentía envidia. Cuando éramos pequeños siempre me tenía envidia porque, pese a que éramos gemelos y nos parecíamos como dos gotas de agua, éramos muy diferentes y esta diferencia hizo que al principio fuéramos un tormento el uno para el otro y más tarde un auténtico peligro.

Quizá las palabras de Fernando no fueran más que fantasías, pero su convincente modo de expresarse y el tono agradable de su voz me produjeron una sensación de bienestar. Empezaron a temblarme las piernas y tuve una experiencia mística. De pronto me pareció no pesar nada y sentí que Baruj existía en mis tejidos, en mi sangre y en mi cerebro.

Esa noche soñé que era nuestro ancestro Baruj y que alzaba la pesada espada del rey Alfonso Enríquez en el campo de batalla en Galicia, infundiendo terror en los soldados del enemigo, que caían de rodillas rogando clemencia. Los orgullosos caballeros

portugueses me admiraban por mi fuerza y yo saboreaba la dulzura del triunfo, mientras me recorría una ola de calor.

De pronto abrí los ojos y me di cuenta de que me había hecho pis. El corazón se me aceleró y sentí vergüenza. También Sasha se despertó y enseguida descubrió que la cama estaba mojada. Montó en cólera y me llamó Baruj meón, hijo de puta, cerdo y guarro, para después escupirme en la cara. Mientras la espuma blanca del pegajoso escupitajo se deslizaba por mi mejilla izquierda, Sasha me amenazó con pegarme una paliza por haber mojado su parte de la cama y con contar a todo el mundo que me había meado encima. Dijo que eso ahuyentaría a mis amigos y que nadie querría volver a jugar a conmigo. Me sentí terriblemente humillado.

Ese momento se grabó para siempre en mi memoria. Todavía puedo oír los insultos de Sasha en mis oídos, de forma clara y distinta, y veo su expresión de desprecio. Mi hermano nunca entendió el poder que tenían sobre mí sus palabras. Durante años me atormentó la aterradora idea de que Sasha pudiera decir algo humillante, prejuicioso y despectivo sobre mí, y de perder a mis amigos y quedarme fuera, condenado a una eterna soledad.

Todavía tiemblo al escribir estas líneas.

EL ASESINATO DE KENNEDY

La abuela siempre atosigaba al abuelo con preguntas. Lo que le preguntaba con más frecuencia era si la estaba escuchando y si le importaba lo que le decía. Al abuelo no le gustaba la abuela. Llevaba sin gustarle los cuarenta y cinco años de matrimonio y en su opinión no habían tenido un solo instante de felicidad. Consideraba que eran dos presos de por vida, encadenados por el destino. A veces reflexionaba sobre la breve ebriedad del amor pasional. Se preguntaba lo que habría pasado si nunca hubiera conocido a aquella hermosa chica del vestido de lunares rojos durante un viaje en barco por el Danubio aquel cálido domingo del verano de 1918. Sin duda habría sido mucho mejor para él. Cuántas tristes disputas, cuántos momentos deprimentes, cuán-

tas palabras de desprecio se habría ahorrado. Pero ya era demasiado tarde para cambiar su vida. Por eso siempre respondía a mi abuela hecho una furia y le decía que no le importaba nada lo que ella tuviera que decir. Pero mi abuela no era de las que se resignaban. Como pertenecía a una clase testaruda a la que no convenía contradecir, constantemente repetía la pregunta y su insistencia sacaba al abuelo de sus casillas. De este modo, la abuela se convirtió en la fuente de tormentos e irritaciones de la vida cotidiana del abuelo.

¿Dónde estabas cuando asesinaron a Kennedy? Apenas debe de haber nadie que tuviera más de diez años en noviembre de 1963 y que a día de hoy no sepa decir qué estaba haciendo cuando recibió la noticia del asesinato del presidente norteamericano.

Yo me encontraba en el dormitorio, sentado en una silla a la vera del abuelo, que guardaba cama porque tenía fuertes dolores en el pecho. Estábamos escuchando la radio. La orquesta sinfónica de Viena, dirigida por Willi Boskovsky, interpretaba las *Rapsodias húngaras* de Franz Liszt. De pronto interrumpieron la emisión con la dramática noticia procedente de Dallas.

Yo no le concedí la menor importancia al asesinato del presidente de Estados Unidos, pero el abuelo se quedó estupefacto, estaba muy asustado. Se llevó la mano al pecho y le pregunté: «¿Qué pasa, abuelo? ¿Te duele algo?»

Respondió sin vacilación: «La vida.»

Un par de meses más tarde discutí el asunto con mi tío abuelo. Él rechazó la idea de que la muerte de Kennedy hubiera causado tanta impresión en mi abuelo, puesto que al fin y al cabo no se conocían.

En su lugar me dio una lección inspirada, muy pasional y arrebatadora sobre cómo puede leerse el destino de una persona y de su familia en la línea de la vida de su mano, porque allí se ve todo claro y cristalino. Afirmó que aquello era toda una ciencia y que su importancia y su capacidad de predecir el futuro no hacían sino aumentar.

Según esto, en el mismo momento en que la radio informaba de que Kennedy había sido asesinado, el abuelo debió de ver, en una de las líneas de su mano, el día y la hora de su propia muerte.

«Pero no fue la premonición de su muerte inminente lo que lo deprimió», me explicó Fernando, «sino el miedo a que la vida no tenga ningún sentido si resulta que al morir el perecedero polvo del cuerpo, también mueren el pasado, el presente y el futuro, la conciencia y la intuición, y todo lo que constituye la esencia más íntima del ser humano.»

UTOPIÁS Y HERENCIA FAMILIAR

A pesar de que por lo general mi abuelo no se llevaba bien con la vida, tampoco tenía por costumbre quejarse. Ciertamente su concepción de la vida era todo menos liviana y a veces asomaba tras sus palabras una visión del mundo tan negra y angustiosa como la de Kafka o Beckett.

«Las más bellas utopías», solía decir resumiendo su experiencia vital, «deben quedarse sobre la mesa de dibujo. Las pocas veces que se llevan a cabo, tienen la trágica tendencia de transformarse rápidamente en lo contrario de lo que eran en un principio.»

A mi abuelo le parecía indigno compadecerse de sí mismo. «Cualquier idiota», solía decir, «es capaz de sentirse infeliz con su vida.»

La única vez que lo oí quejarse de su suerte fue aquel frío día de noviembre en el que el cerebro del presidente norteamericano acabó en el regazo de su mujer Jackie. Cuando en la radio empezaron a sonar de nuevo las *Rapsodias húngaras* de Liszt, mi abuelo se incorporó en la cama, se reajustó el braguero, se acercó al ropero y sacó una ajada maleta repleta de textos manuscritos y documentos viejos. A continuación dijo como de pasada que deseaba que yo leyera después aquellos papeles, y creo que se refería a después de su muerte. Las palabras del abuelo estuvieron marcadas por una simulada indiferencia que intentaba ocultar su

dolor, cuando añadió que se arrepentía de muchas de las elecciones que había hecho en su vida, pero que su gran decepción había sido no heredar la gran nariz de su abuelo paterno.

Una descomunal nariz se transmitía de generación en generación a algunos miembros de nuestra familia. Pese a que se trataba de una nariz realmente fea, daba la impresión de que los niños que nacían con ella eran los favoritos del destino. Siempre disfrutaban de una suerte fuera de lo común y tenían éxito en todo lo que emprendían; aunque, extrañamente, todos ellos sufrieron una muerte trágica.

EL TESTAMENTO

Una semana después de la muerte del abuelo, toda la familia se reunió en nuestra casa para la lectura del testamento. Era la primera vez en muchos años que nos juntábamos todos. Mi padre y la tía Ilona estaban peleados, y ella se había distanciado muchísimo del resto de la familia. El tío Carlo se había ido de Hungría durante la insurrección popular de 1956, cuando durante algunos días bandas armadas recorrieron las calles a la caza de comunistas, convirtiendo la sangre y la violencia en algo cotidiano para los habitantes de Budapest. Había tenido miedo de que alguien lo reconociera y de que aquella chusma vengativa lo linchara por haber trabajado en la AVH, más aún, por haber sido un oficial superior de la policía secreta, que había torturado y asesinado con sus propias manos a personas a las que el régimen de Rákosi había acusado de fascistas y criminales de guerra.

Los ánimos estaban muy distendidos y aquello parecía más un bautizo que una reunión para honrar a un querido familiar fallecido. Mi madre servía café y pasteles de la pastelería del Café Gerbeaud.

Todo el mundo estaba entusiasmado por el lujo que suponía poderse deleitar con esos deliciosos y costosos pasteles en un tiempo marcado por la austeridad.

Aquel día el pastelero debía de haberse superado a sí mismo, porque el tío Carlo, que vivía en Viena y podía disfrutar del producto original de la pastelería Sacher, sentenció, con la seguridad del supuesto entendido, que estaba convencido de que Gerbeaud hacía la mejor tarta Sacher del mundo. Añadió que le resultaba consolador ver que los comunistas, que tan eficientemente habían arrasado el país, no habían sido capaces de destruir la exquisita y reconocida tradición pastelera húngara. Todos se rieron salvo la abuela, a la que nunca le había gustado el sentido del humor de su hijo menor. También los niños nos reímos, pese a que no teníamos nada con lo que comparar. Los dulces eran una rareza en nuestra casa y era la segunda vez en mi vida que tenía la fortuna de probar aquellos deliciosos pasteles de Gerbeaud de tan desorbitados precios.

El ambiente relajado se tensó de pronto cuando llegó el momento de anunciar la última voluntad del abuelo. Todo el mundo clavó la vista en mi padre, que se había autoproclamado nuevo *pater familias*, cuando abrió lentamente el sobre que contenía el testamento. De tanto en tanto, la tía Ilona y el tío Carlo giraban la cabeza y echaban una mirada a la abuela, que estaba sentada al fondo de la habitación. Parecía nerviosa. Resoplaba y mostraba abiertamente su disgusto por la reunión. Probablemente estaba abrumada por las circunstancias, por el hecho de que mi abuelo hubiera dejado un testamento en manos de mi padre sin su conocimiento.

Aquel papel amarillento lo contenía todo: mencionaba quién heredaba qué de entre los escasos bienes de mi abuelo y además expresaba sus deseos referentes al entierro. Todo en seis líneas y un breve post scríptum donde pedía perdón por haber dejado tan poco.

La ropa y los zapatos quería que los quemaran. El reloj de pulsera, lo único valioso que poseía, se lo dejó a mi hermano Sasha. A mí me tocó la cochambrosa maleta repleta de todo tipo de papeles. La alianza, decía, había querido devolvérsela muchas veces a la abuela y por fin era suya. Por último subrayaba que no quería que lo enterraran en un cementerio judío. Una vez muerto, ya no quería ser judío.

Mi padre dejó a un lado el testamento. Nadie dijo una sola palabra durante casi un minuto. Estaba claro que mi padre y sus hermanos estaban decepcionados. No porque mi abuelo no les hubiera dejado nada, sino porque ni siquiera los mencionaba. La certeza de que su padre no los quería fue un demonio que los hijos de mi abuelo nunca pudieron conjurar y que reapareció una y otra vez en su vida.

En la expresión de mi padre no se percibían indicios de fuertes sentimientos. Era un maestro en el arte de mostrar un rostro impassible. El tío Carlo se levantó, echó la silla hacia atrás, dio unos pasos al frente, se quedó parado, miró a su alrededor y constató que, tras ocho años de exilio, al menos merecía la pena volver a Hungría por los deliciosos pasteles de Gerbeaud. La tía Ilona tenía problemas para controlar sus sentimientos. Empezó a farfullar sobre que el único recuerdo que tenía de su padre era verlo siempre regañando, amenazando e ironizando sobre sus hijos, pero luego se mordió el labio y calló. Al final se sobrepuso y se bebió un vaso de agua, para calmar su corazón y recuperar la compostura. «La vida es dura», sentenció con nostalgia. «Pero no hay que tomarse las cosas demasiado a pecho. De todos modos, este testamento no tiene ningún valor.»

En cierto sentido la tía Ilona tenía razón. El testamento del abuelo resultó ser superfluo. El destino, que siempre había maltratado al abuelo, quiso una vez más algo distinto de lo que él había deseado.

El mismo día que murió, la abuela había vendido su ropa en un mercadillo del barrio. El reloj de pulsera, el abuelo nos lo había prometido tanto a Sasha como a mí. Solía susurrarnos lo mismo al oído: «Tú eres el mejor de los chicos, así que heredarás el Doxa de oro.» Por eso a mí me pareció de justicia que nunca llegara a manos de mi hermano. Mi abuela empeñó de inmediato el reloj junto con la alianza, y luego tiró el recibo, no veía ninguna razón para mostrar consideración.

Ni siquiera el último deseo de mi abuelo se pudo cumplir. Al día siguiente de su fallecimiento lo enterraron al fondo del ce-

menterio judío porque mi abuela había descubierto que era lo más barato.

LA MALETA

De ese modo acabé siendo el único que recibió algo del abuelo. Pero no me apresuré a abrir la pequeña maleta, creía saber lo que contenía. A veces había visto al abuelo hacer anotaciones en un cuaderno azul, pero no me interesaba por aquellos escritos.

Mi padre se hizo cargo de la maleta y durante treinta años nadie la tocó. Tras la muerte de mi madre y poco antes de suicidarse, mi padre me la entregó. Entonces abrí la maleta y comprendí lo equivocado que había estado durante todos aquellos años.

La maleta no contenía las anotaciones del abuelo. Estaba llena de todo tipo de documentos históricos sobre la familia Spinoza, muchos de ellos difíciles de interpretar e imposibles de valorar. Me encontré un enorme batiburrillo de cartas, diarios de diversos siglos, partidas de nacimiento, testamentos, acuerdos y repartos de bienes, además de un montón de papeles sin clasificar. Debajo de todos los demás documentos había un libro guardado en un sobre marrón lleno de manchas. Resultó ser la obra secreta de mi lejano ancestro el filósofo Benjamin Spinoza, *El elixir de la inmortalidad*.

Más de la mitad de las hojas del cuaderno azul del abuelo estaban arrancadas. La única anotación que había rezaba: «¿Cómo tratar con el pasado, con todo aquello que empalidece y se va? Con los recuerdos que implacablemente desaparecen en el tiempo y que cada vez están menos claros, más difusos y transparentes. Algunas veces los recuerdos adquieren vida propia, se convierten en fantasías que se ponen en movimiento, se rodean de color, olor y sabor, de todas las características de lo sensible, y a la larga surge del pasado una realidad completamente distinta, un pasado que nunca existió, pero que aun así vive en las claras imágenes del recuerdo, quizá con más claridad que los recuerdos reales.»

¿QUÉ ES LA VERDAD?

Mi nombre es Ari y soy el último de la larga línea familiar de los Spinoza. Nuestro árbol genealógico no tiene más ramas masculinas y cuando yo desaparezca dentro de unos meses, así lo ha pronosticado el médico, esta saga familiar alcanzará su merecido final. Estoy ingresado en un hospital, mi destino está sellado y los recuerdos se me agolpan. Todas las reminiscencias que yo creía empalidecidas se han puesto ahora en movimiento, viven su propia vida y a partir de ellas surge el pasado, nuestro pasado confuso y ambiguo.

¿En qué sentido es confuso y ambiguo nuestro pasado? Pondré un ejemplo inmediato. ¿Cómo murió Benjamín Spinoza, el filósofo?

En su primer libro, *Sueños de un visionario*, Immanuel Kant afirma que se colgó de un manzano. Bertrand Russell, en cambio, cree que murió después de romperse la cadera, mientras que Isaiah Berlin escribe en una carta a un colega israelí que se ahogó en el mar del Norte. Marx y Engels sostienen que murió en la cárcel. Lo mismo pensaba Lenin, que además afirmaba que la Inquisición lo torturó hasta la muerte.

¿Cuál de estos pensadores conocía la verdad?

«La verdad», solía decir mi tío abuelo, «es que nunca ha habido nada parecido a una sola verdad. Hay muchas verdades, verdades que se cuestionan mutuamente, se desafían y están ciegas para las demás.»

En verdad, ¿quién puede afirmar y demostrar que alguno de estos pensadores se equivocaba, que todo lo que sostuvieron no ocurrió al mismo tiempo y que Benjamín no murió en realidad de todas estas maneras?

¿Quién puede garantizar que la historia es una y unívoca?

2. El médico de cabecera del rey

UN COMETA CON DOS COLAS

En nuestra familia había una leyenda que a mi hermano Sasha y a mí nos encantaba cuando éramos pequeños, cuando el mundo daba la impresión de estar abierto y desafiarnos con sus laberintos, y yo todavía era capaz de verlo con el optimismo de un niño. El hecho de que nunca me cansara de escuchar esta leyenda se debe sobre todo a que mi tío abuelo tenía un enorme talento como narrador. Con unas pocas palabras bien escogidas, acompañadas de gestos teatrales, conseguía evocar la historia medieval de la Península Ibérica con sus sangrientas batallas, sus terribles soberanos, sus hipócritas curas y sus intrigantes nobles. Según esta leyenda, de la que mi tío abuelo se servía para insuflar vida a los primeros episodios de nuestra familia, la historia de los Spinoza comenzó hace treinta y seis generaciones en la pequeña ciudad de Espinosa, un lugar provinciano, aislado y paralizado por la servidumbre, situado en León, cerca de la ciudad de Burgos.

El rabino de Espinosa se llamaba Judah Halevi. Era un hombre de ojos oscuros e inteligentes y de rasgos finos. Como la mayoría de los servidores del Señor, tenía las manos suaves y bien formadas porque, en vez de realizar trabajos físicos, dedicaba su vida al estudio de los textos sagrados. Era un gran erudito, de modo que no en vano se había inclinado día tras día sobre su

desvincijado pupitre de lectura, hasta el punto de que tenía la espalda prematuramente encorvada. Los judíos de Espinosa y sus alrededores lo tenían en gran estima no sólo por su sabiduría, sino también por su buen humor. Siempre bromeaba con todo el mundo y hacía reír a los pobres y a los enfermos, consiguiendo que por un rato olvidaran sus problemas. Era evidente que tenía una visión esperanzada de la vida y que confiaba en que el mundo era la morada del bien.

Judit, la esposa del rabino, era hija de un zapatero que sólo tenía dos dedos en la mano derecha y el oído muy mermado. Murió aún joven de disentería y no dejó más herencia que el timbre poético de su apellido galo: de Narbonne. Pero a Judah no le importó que Judit careciera de dote, se casó con ella porque estaba profundamente enamorado. Aquello hizo que muchos arquearan las cejas, no sólo porque se había esperado que Judah se casara con la hija del comerciante más rico de la ciudad, sino sobre todo porque el amor no era un fenómeno especialmente respetado ni conocido en esa parte del mundo.

Judah y Judit se parecían. Se percibía entre ellos una sintonía interior, una capacidad para seguir los pensamientos del otro y para entregarse a los mismos impulsos. A menudo se cogían las manos por encima de la mesa y se tocaban las yemas de los dedos, sólo por el gusto de hacerlo. En cierto sentido, tenían la sensación de que eso de pertenecer el uno al otro era una obviedad que subyacía al orden de las cosas.

Judah solía decir: «Una parte de mi interior se encontraba en Judit y la otra parte quería reunirse con ella.»

Judit se quedó embarazada el verano posterior a la boda y en primavera dio a luz una hija a la que llamaron Edita. Pero la niña nació con el cráneo deformado y murió a los cuatro días. Un año más tarde, Judit dio a luz un niño, que tampoco vivió más de cuatro días. La madre lloraba desconsolada y Judah intentaba animarla con picantes anécdotas de la Torá.

Al quinto año volvió a dar a luz a un varón. Al mismo tiem-

po que la criatura tomaba su primera bocanada de aire y berreaba su tributo a la vida, Judit tomaba la última.

«Se ha desangrado», constató la matrona, que, a pesar de su larga experiencia, aquella mañana no había podido sacar partido a sus conocimientos.

Al oír que Judit había muerto, Judah empalideció. Un sudor frío empezó a correr por su cuerpo y se sintió desesperado. Al mismo tiempo estaba aturdido: a la vez que lloraba la muerte de su esposa, tenía ganas de reír de alegría porque por fin se le había concedido la gracia de tener un hijo.

«He perdido a mi amada esposa», murmuró en un tono apenas audible, «que era la mejor que había en el mundo. Nunca volveré a ver su hermoso rostro.» Alzó la vista hacia el cielo y elevó la voz: «Ay, Señor, ¿qué mal he cometido? ¿Por qué me castigas con tanta dureza? ¿Por qué me has arrebatado a Judit?»

El cielo permaneció mudo. Judah sabía perfectamente que nunca obtendría una respuesta porque comprendía el misterio del silencio: allá donde se encuentra el Todopoderoso, reinan el silencio absoluto, la luz bendita y la eternidad. Aun así, lo que más deseaba en aquel momento era una respuesta.

La matrona le trajo al recién nacido, que era peludo como un oso, y Judah la miró desconcertado, incapaz de pronunciar palabra. Evidentemente ella le leyó los pensamientos porque enseguida intentó consolarlo mencionando el cometa que había aparecido en el cielo la noche anterior.

—Ha nacido con pelo por todo el cuerpo —dijo—. Querido rabino, no hace falta que te recuerde lo que pone en nuestros libros sagrados. Aquel que nace peludo, realiza grandes cosas en la vida. Y el cometa indica además que tu niño acabará sirviendo a un rey.

Judah echó un vistazo al niño y descubrió con horror que tenía una nariz descomunal.

—Pobre niño —susurró.

Tenía miedo de que a su hijo le pasara algo malo y lo estudió con preocupación, pero no encontró más motivos para inquietarse que la enorme cantidad de pelo y la gigantesca nariz.

Quizá por mera amabilidad y con la certeza que le había dado la experiencia de que para expresar las grandes cosas lo mejor era recurrir a la sencillez, la matrona pronunció entonces unas palabras que infundieron en el rabino la sensación de que había presenciado un milagro:

–El Todopoderoso te ha concedido el mayor de los regalos, un hijo bien formado.

Judah mudó el tono de voz:

–Mi pequeño tesoro, qué hermoso eres. Buen Dios, qué agradecido te estoy por haberme dado un niño tan espléndido. Te llamarás Baruj, el bendito –añadió, y rompió a llorar.

La noche antes de que naciera Baruj Halevi –corría el año 1129–, un cometa con dos colas había iluminado el cielo de octubre. Pasó sinuoso por encima del sur de Europa como una llamarada azul. Al verlo, la gente caía de rodillas y rogaba clemencia a Dios. Los perros ladraban, las mujeres empezaban a mentruar, los tejados se desmoronaban, los gallos ponían huevos y las ratas se devoraban las unas a las otras. Un prominente obispo de Roma vio aterradoras siluetas que se acercaban por la cúpula celeste y creyó ser testigo de la llegada de los cuatro jinetes del Apocalipsis, los que traen consigo la guerra, el hambre, la peste y la muerte. El obispo encaneció de pronto, se quedó mudo y hubo que encerrarlo en un manicomio.

En el otoño de sus días, en los apacibles ratos que pasaba a primera hora de la mañana, Baruj tenía la sensación de oír una voz que le susurraba que el cometa de dos colas había anunciado el nacimiento de su estirpe.

LA CONQUISTA DE LISBOA

A las tres de la tarde del 24 de octubre de 1147, se oyó por última vez la poderosa voz del muecín de la mezquita más grande de Lisboa: «*Allahu akbar.*» El muecín no pudo terminar la llamada porque un afanoso cruzado de las tropas anglonorman-

das que se había lanzado escaleras arriba, irrumpió en el minarete y le cortó sin más la cabeza al viejo árabe. Aquello marcó el final de los cuatro meses de sangriento asedio de la ciudad. Los moros capitularon sin condiciones. El catolicismo había triunfado. Los heraldos anunciaron que todos los soldados tenían permiso para saquear y reunir un botín de guerra conforme a las costumbres usuales, salvo por lo que le correspondía al rey Alfonso Enríquez, conquistador de Lisboa. Los gritos de alegría resonaron por toda la ciudad. Un nuevo reino estaba a punto de nacer.

El clérigo inglés Osbernus escribió unas crónicas en latín sobre estos acontecimientos, que se reunieron bajo el título *De expugnatione Lyxbonensi* (Sobre la conquista de Lisboa).

Mi tío abuelo otorgaba a Osbernus una serie de cualidades, todas ellas desfavorables excepto una. Lo que tenía de positivo es otra historia que contaré más adelante. Fernando nos explicó a Sasha y a mí que, a pesar de sus orígenes extranjeros, Osbernus gozaba de una fuerte posición en la corte portuguesa gracias a su astucia. Por medio de sus incontables cantos laudatorios sobre el arrojo del rey, había conseguido halagar la vanidad de Alfonso Enríquez y ganarse su favor. Además, el clérigo mantenía silencio sobre sus orígenes: en vez de alardear sobre sus altos protectores, como era habitual en aquellos tiempos, se limitaba a insinuar que mantenía contactos secretos con quienes ostentaban el poder en Londres.

En opinión de Fernando, la descripción de Osbernus de la conquista de Lisboa era pomposa, exagerada y excesivamente heroica. Sostenía que el clérigo inglés proporcionaba una imagen falsa de la naturaleza de los cruzados, que aparecían en sus crónicas como hombres valientes, rectos y de buen corazón que luchaban por la doctrina de Cristo, cuando en realidad eran mercenarios sin honor, dispuestos a matar a cualquiera por un pedazo de carne.

«La reconquista de la Península Ibérica no fue en absoluto una lucha de la cristiandad contra la barbarie del Islam ni una batalla por la paz», sostenía mi tío abuelo. «Fue una auténtica

guerra de bandidos cuyo objetivo era asesinar a los moros, exterminar su cultura y saquear sus riquezas.»

Mi tío abuelo no tenía pelos en la lengua al hablar de Alfonso Enríquez, fundador de Portugal y primer rey del país, a quien calificaba de tirano sanguinario. Para picar nuestra curiosidad —no sabía que a mi abuela le disgustaba que se mencionara el tema y que por eso mi hermano y yo lo escuchábamos con mayor atención aún—, Fernando nos hablaba a veces de los refinados métodos de tortura que aplicaba el rey sobre su pueblo. Yo encontraba casi inconcebible que aquel soberano torturara hasta la muerte a leales servidores como si hubieran sido feroces enemigos. Mi tío abuelo lo contaba con tal emoción y conocimiento de causa —o quizá fuera por el fragor de su mirada—, que durante mucho tiempo creí que él mismo se había enfrentado a Alfonso Enríquez y había estado a punto de perder la vida en las oscuras mazmorras del palacio real.

Mucho más adelante en la vida, cuando obtuve una visión más clara del estado de las cosas, comprendí que mi tío abuelo no podía haber leído las crónicas de Osbernus, puesto que la primera traducción del original en latín a otra lengua vio la luz un par de años después de su muerte.

LA PROMESA DE MOISÉS

Un año después de la conquista de Lisboa, Baruj Halevi, el hijo del rabino, tuvo una de las visiones más extrañas de su joven vida. Por la tarde se sentó a descansar a la sombra de un ciprés junto al camino, que estaba desierto a causa del calor. Se adormiló y al cabo de un rato lo despertó una mosca que paseaba por su cara. Entonces descubrió a un anciano caminante que se acercaba desde la dirección de Salamanca. El hombre avanzaba despacio, encorvado hacia delante, apoyándose en una rama a modo de bastón y arrastrando los pies. El polvo le cubría el rostro y tenía la barba blanca alborotada por el viento. Bajo el brazo izquierdo llevaba dos pesadas tablas de piedra.

Baruj alzó la mano en forma de saludo y el viejo peregrino se detuvo a un metro de distancia. Cuando el viejo lo miró, Baruj sintió que le ardía la piel. El caminante estudió la cara seria, casi apesadumbrada del joven, como para asegurarse de que se trataba de la persona correcta, y luego le preguntó:

—¿Eres Baruj, hijo del rabino Judah, el bendito?

Baruj asintió.

—Escucha bien lo que tengo que decirte —continuó el hombre inclinándose hacia delante de modo que su arrugado rostro quedó muy cerca del joven.

Baruj sintió el cálido aliento del viejo y vio el interior de sus abismales ojos oscuros.

—Soy Moisés, el profeta de los judíos. Cada mil años regreso a la tierra para transmitir la voluntad del Señor. Que seas o no creyente me es indiferente. Simplemente tienes que seguir mis palabras. Mañana abandonarás la casa de tu padre y te encaminarás hacia el oeste. El Señor quiere que conozcas el mundo. Tu viaje será largo y te verás sometido a muchas pruebas, pero las superarás todas. Siempre que mantengas tu parte del pacto, el Señor mantendrá la suya. Te preguntarás qué tienes que hacer. Has de cumplir los mandamientos grabados en mis tablas de piedra, vivir conforme a ellos y fundar una comunidad judía de la que saldrán grandes hombres y mujeres que conquistarán todos los rincones del mundo. Un día encontrarás el gran secreto, aquel que las personas llevan buscando desde el comienzo de los tiempos, y después tus hijos y tus nietos custodiarán este secreto durante mil años. Mientras tus descendientes cumplan con su deber, caminarán con la cabeza erguida entre las personas de la tierra y el Señor cuidará de ellos. Pero si alguno se enfrenta a la voluntad del Señor, tu stirpe será borrada de la faz de la tierra. ¿Lo has entendido? —El viejo lo repitió con insistencia—: ¿Lo has entendido?

La pregunta provocó una reacción infantil en Baruj, que, fiel a sus costumbres, respondió con otra pregunta:

—¿Qué pasará si me niego a abandonar a mi padre?

—Ya has oído mis palabras. —El rostro del viejo se endureció, tanto la voz como la entonación sonaron gélidos y se puso real-

mente amenazador—: Si te opones a la voluntad del Señor, tu estirpe será borrada de la faz de la tierra y tendrás que pasar el resto de tu miserable vida en Espinosa, ciego y sin hijos.

Baruj estaba desconcertado. ¿Serían ciertas las palabras del viejo caminante? ¿Debía creer todas las extrañas cosas que acababa de oír? Pensó que debía pedir consejo a su padre, que invariablemente sabía lo que era verdad y lo que no, y que estaba siempre dispuesto a despejar cualquier duda innecesaria y a crear certeza en todo tipo de cuestiones.

Con toda su inocencia, Baruj respondió:

—Creo que primero tendré que hablar con mi padre y ver lo que dice...

El viejo lo interrumpió sin miramientos.

—Ni tú ni tus descendientes podréis nunca contarle una palabra de todo esto a nadie. Sólo el primogénito varón de cada generación será iniciado en el gran secreto. Ése es el pacto. El Todopoderoso ya te ha indicado el camino. Sométete a su voluntad.

—Pero ¿cuál es el gran secreto? Por favor, revélamelo. De lo contrario...

—Descubrirás el secreto, ya lo verás. Lo descubrirás cuando llegue el momento.

El viejo no dijo más y siguió su camino. A Baruj le pareció que iba más lento que una tortuga coja, tardó mucho tiempo en desaparecer tras la loma de una colina.

Entretanto Baruj casi no se atrevía a respirar. Todo estaba en calma a su alrededor, no corría ni un soplo de aire. El calor era insoportable. De pronto empezó a dolerle la cabeza y un oscuro temor se abrió paso desde su interior. Se sentía confuso y no conseguía pensar con claridad. ¿El viejo de las tablas de piedra sería realmente Moisés? ¿O sería el demonio que se había apoderado del frágil cuerpo del viejo para apartarlo a él de su padre? Inspiró profundamente un par de veces y pensó en Judah. Baruj siempre había sido un hijo bueno y obediente, que nunca le había ocultado nada a su padre ni se había guardado secretos. Tenía muchas ganas de volver corriendo a casa y hablarle de aquel extraño encuentro, pero comprendía que en tal caso expondría a

su padre a un grave peligro. Cabía la posibilidad de que las palabras del viejo fueran verdaderas y en tal caso su estirpe sería borrada de la faz de la tierra para siempre.

Cuando empezó a atardecer, Baruj ya no albergaba dudas. Estaba convencido de que el viejo que le había hablado era Moisés. Comprendía que lo mejor era seguir las palabras del profeta y marcharse de Espinosa. Hacía ya un tiempo que sentía deseos de abandonar su hogar, de escapar de los días monótonos que cada vez se parecían más. Estaba listo para despertar del letargo de la madriguera y abandonar la casa paterna.

Esa noche se acostó temprano y estuvo rezando en voz baja hasta que lo venció el sueño. En medio de la noche le pareció que una luz cegadora iluminaba la habitación y oyó al profeta repetir que tenía que dejar su casa y que así sus descendientes serían hombres libres durante mil años. Baruj empezó a distinguir su vocación y sus posibilidades de futuro con tal claridad que casi tuvo la sensación de poder tocarlas.

LA RUPTURA

A pesar de los temores que lo atenazaban, al día siguiente Baruj explicó a su padre sin rodeos que había tenido un sueño extraño y fascinante, que quería seguirlo y que por eso tenía que abandonar de inmediato su casa y partir hacia el oeste. Cuando el padre le preguntó de qué trataba el sueño, Baruj se sonrojó hasta las orejas y empezó a tartamudear. Por un momento lo embargó el demonio de la duda de sí mismo y estuvo a punto de echarse atrás y quedar encadenado para siempre a la recóndita Espinosa, atado inexorablemente a su padre de por vida. Entonces se pasó los dedos de la mano derecha sobre el vello de su barbilla de adolescente e intentó reunir valor. Tengo que ser leal a mi vida, pensó y, por causas desconocidas para él, respondió que el sueño trataba de un viaje a Lisboa.

Judah Halevi observó a su hijo. En el indeciso muchacho de diecinueve años reconocía al inquieto joven del pueblo de Ga-

yonga que había sido él mismo cuando le tocó plantarse ante su padre para explicarle que no quería seguir la tradición familiar y hacerse sastre, sino abandonar el hogar e irse a estudiar a Espinosa para ser rabino. Entonces cayó en la cuenta de que Baruj, un eterno soñador que hasta entonces únicamente se había interesado por las plantas, no sólo carecía de toda habilidad práctica, sino también de experiencia de mundo, que aún era un chiquillo y no un muchacho maduro camino de la vida adulta. Intentó convencer a su hijo de que no se marchara, al menos todavía, de que esperara como mínimo hasta después del Pesaj para que pudieran planear juntos un futuro para él, pero fue en vano. Al final, por su propia paz y por el bien de su hijo, no vio otra salida que apelar a los sentimientos de Baruj.

—Si realmente respetas a tu padre, que ha dedicado su vida a criarte solo, te quedarás en Espinosa —dijo Judah.

—Tendrás que soportar mi traición porque he de romper con esto, abandonarte y dejar de ser una carga para ti. Sé que eres un hombre paciente y tu amor hacia mí me colma y me desborda el corazón. Pero he visto una luz maravillosa y tengo que dejar que este rayo de luz me oriente al encuentro de mi futuro.

A Baruj le sorprendieron sus propias palabras. No sabía de dónde salían, pero le vinieron con asombrosa facilidad cuando las precisó. Y nada de lo que había vivido hasta entonces era comparable con la expectante claridad, la sensación de exaltada seriedad que lo embargaba en aquellos momentos. Baruj observó la cara de su padre y de pronto supo que él lo entendía.

Unas horas más tarde, los amigos y vecinos del rabino acudieron a su casa y celebraron una pequeña sesión de plegarias. Pronunciaron varios bellos salmos y todos rogaron al Todopoderoso que vigilara y protegiera al muchacho con paternal indulgencia.

El padre acarició a Baruj en la cabeza y le pidió que siguiera siendo un buen judío, que respetara el sabbat y que usara sus filacterias. Después recordó a su hijo que no es la prenda de la cabeza la que hace al judío y citó un breve pasaje del Talmud en

arameo. A continuación explicó que se trataba del atávico consejo de los sabios rabinos a los muchachos que se encaminan al encuentro con la vida: has de estar preparado para enfrentarte a muchas duras pruebas, pero siempre que muestres compasión hacia los débiles podrás vivir sin miedo a los fuertes.

Las últimas palabras que Baruj oyó pronunciar a su padre fueron: «Si alguien te tira una piedra, debes responderle ofreciéndole pan.»

El padre dio a Baruj un beso de despedida con su boca arrugada, lo abrazó y lo mantuvo pegado a su cuerpo como si no quisiera soltarlo nunca. A Baruj le apenaba la ruptura, sobre todo le dolía ver los hombros hundidos de su padre, su espalda encorvada y la cara empapada en lágrimas. Al mismo tiempo sentía que no tenía otra opción. Su futuro ya estaba decidido, aunque aún permaneciera oculto en una noche impenetrable. Se marchó con paso decidido y no se detuvo hasta llegar al viejo roble que se erguía sobre un alto a las afueras de la ciudad. Allí se dio la vuelta y echó una última mirada a Espinosa, que, desde la altura, le pareció una ciudad pequeña e insignificante.

Durante veinte días Baruj siguió el curso de un río en dirección a Lisboa. Caminó por ondulantes bosques de hayas y sombreados valles que olían a flores silvestres, y cruzó juguetones riachuelos y espumosos ríos. Con los ojos abiertos de par en par siguió el batir de alas de los pájaros entre los troncos de los árboles y observó la agotadora labor de los escarabajos y las hormigas en el musgo. Sentía una ávida curiosidad por el fantástico mundo que veía y todo el rato intentaba pensar qué hacer con su joven vida. Saciaba la sed en el río y el pan se lo compraba a los campesinos, que con frecuencia se mostraban insolentes y soberbios. En cuanto se daban cuenta de que Baruj era judío, lo trataban como a un repulsivo monstruo de los bosques y le conminaban a mantenerse a distancia. En un claro del bosque disparó una flecha a un conejo y se llevó una inesperada alegría cuando el animal de ágiles patas la esquivó. Iba recogiendo plantas medicinales como le había enseñado una vecina que había sido como

una madre para él. La mujer había pasado su infancia viajando por Castilla y León junto con su padre, que se ganaba la vida vendiendo medicinas y brebajes milagrosos. Varias veces Baruj se desorientó en la oscuridad de la noche y acabó no sabiendo dónde se encontraba. En una ocasión preguntó a un campesino por el camino hacia Lisboa, pero el hombre era un mentiroso y lo mandó en dirección contraria. Baruj se enfadó al descubrir el engaño, pero la mayor parte del tiempo gozaba de un peculiar sentimiento de libertad.

Los últimos tres días del viaje fueron como una caminata por una larga cuesta arriba con el viento en contra. Pero por fin, agotado y sin embargo rebosante de alegría, Baruj llegó a Lisboa. Le dolían las piernas y tenía los músculos de la espalda entumecidos, aunque no tardó en olvidar su cansancio. Los rayos de sol de la mañana se abrían paso por el centro de la ciudad, iluminando las altas copas de las honorables palmeras. Las paredes del color de la tierra de Umbría relumbraban calladamente bajo el cielo azul. En el momento en que atravesaba la puerta de la ciudad, el corazón de Baruj empezó a latir con fuerza. Vio mujeres que venían de la plaza con las cestas llenas de verduras, algunos mendigos insistentes, un niño con una sola pierna que yacía en el suelo, un hombre que tiraba de una vaca escuálida, flacos artesanos que cargaban con pesadas piedras, comerciantes que regateaban con vendedores ambulantes, monjes, borrachos y soldados, y de una fragua oyó salir sonoras maldiciones. La ciudad era un hormiguero de vida y parecía al menos diez veces mayor que su ciudad natal. Baruj estaba tan aturdido que casi no notó que chocaba con un guardia que custodiaba una casa mora. El hombre se enfadó y le gritó:

–Miserable, ¿quién te has creído que eres?

El guardia le exigió una disculpa y le preguntó su nombre. Baruj se quedó mudo por un momento, mirando interrogante al guardia, que, cada vez más irritado, le dio un empujón en el pecho que a punto estuvo de derribarlo. Al final el muchacho respondió:

–Baruj de Espinosa.